



Francisco Toledo en: Monsiváis, Carlos, *Nuevo Catecismo para indios remisos*, México, Ediciones Era, 1996.

# Nuevo Catecismo para indios remisos (apartes)

Carlos Monsiváis

## La verdadera tentación

¡Permíteme, oh Señor, que enfrente a las verdaderas tentaciones! Soy tu siervo, divulgador de tu doctrina, vasallo de tus profecías, sujeto del error y el escarmiento, y quiero acrisolarme ante tus ojos honrando tu hermosura. Concédeme mi ruego y ponme a prueba, pero con ofrecimientos que sean cual duro yugo. Si te insisto, Señor, es porque más de tres veces se me ha tentado en vano, y me acongojan mis negativas instantáneas. El Maligno me desafía y acecha ignorando mis debilidades genuinas. Me seduce con mujeres frenéticas, a mí que soy misógino; me provoca con viajes a países fantásticos, a mí, tan sedentario; extiende a mis pies los reinos del mundo y sus encantos cuando sólo apetezco la penumbra. Y por si algo faltara, me declara: "Todo esto será tuyo, si postrado me adoras", ¡y me lo dicen a mí, tan anarquista!

Restablece los derechos de tu hijo, Señor, oblígales a imaginar tentaciones que lo sean de modo inobjetable, que de veras inciten mi deseo, que me hagan olvidar cuán fácil es mantener la virtud si nadie nos asedia como es debido.

## Baños de pureza

Egregio varón: el informe confidencial que se me pide, destinado a poner de relieve un proceso de inmortalidad, es tarea particularmente grata. Para desempeñarla, así esté al tanto de mi escasa valía, proclamo un mérito: la cercanía de una vida con ese portento humano y sobrehumano, María Dolores Santillana. Agradezco la encomienda. ¡Qué mejor oficio que narrar la historia de quien atravesó por eriales del pecado con la mirada fija en la trascendencia! Al redactar estos apuntes, sólo me falta oír a Delfino, músico predilecto de nuestra venerada (Por cierto, y como nota de la memoria errabunda, ¡qué suerte desdichada la de nuestro Delfino! Sus

himnos, compuestos en la quietud del claustro, sustraídos de su casa por manos impías, son ahora melodías triunfales en cantinas y cabarets).

Troco pues la feliz condición de amigo por la de recolector de testimonios sobre una existencia maravillosa pródiga en hazañas de la Fe.

*Su confesor*

Fue discreta como un ave. Predicó la paz en un siglo convulso. No conoció un mal pensamiento. Dulce y desprejuiciada, María Dolores extendía sus rezos como parvadas, y vivía en continua transferencia: le adjudicaba a unos pajarillos las voces del Señor, o a un sermón arzobispal el trino de un gorrión. No tuvo una mala palabra para con nadie, fue armoniosa al revés y al derecho. Si escogió a sus amigas íntimas entre las mujeres más ricas de la ciudad, lo hizo al abrigo de una certeza: las pobres se frecuentan entre sí, pero las ricas viven en soledad atroz. Si encabezó cruzadas contra los herejes, no lo hizo por sed alguna de sangre, sino para hurtarlos del pecado. “Los prefiero unas horas en las prisiones del siglo que una eternidad en las llamas sin misericordia”.

*Su hermana*

A mi inolvidable María, Dios le concedió todo, menos el goce de la maternidad, y para ello preservó su pureza en circunstancias trágicas. La víspera de su boda, Ernesto, su novio, ansioso por complacerla y recabar su amor, aceptó el desafío de María, que le reprochaba sus vacilaciones teologales. Nada de eso, replicó Ernesto, excitado su celo piadoso, él confiaba en la protección divina y entraría en un foso de víboras sólo auxiliado por el ungüento bendito y muchos rezos... Al

regreso del funeral, la joven viuda ya sólo quiso para sí la devoción.

*Una adelantada de su beatificación*

¡Cómo reverberan sus anécdotas! ¡Y cómo sus anécdotas se vuelven caminos de edificación! Un relato nos estremece sobremanera y no cesamos de contarlo, aquella vez, en la etapa más ardorosa de su proselitismo, cuando persuadió a un grupo de bienaventuradas, frecuentadoras de su magisterio, a regocijarse en las tribulaciones. Así sean amores, las obras son limitadas, las afirmó, y convienen dosis severas de mortificación. Al oírla, algunas se resistieron, alegando ya cosa del pasado a los azotes y llagas que restauran el alma. “Más bien”, le replicaban a María Dolores, “es tiempo de crear infraestructura hospitalaria, de invertir en empresas filantrópicas con alta rentabilidad.” María Dolores las veía con paciencia y dulzura, y las exhortaba de nuevo. Y al cabo de un cúmulo de ejercicios espirituales, tanto insistió María Dolores en los gozos del padecimiento de la carne, que su elocuencia trasportó a las convocadas, ya reacias a privaciones menores, y deseosas de grabarse en el pecho —con pencas de maguey— tres letras de homenaje (de dolor y loor) a JHS, Jesucristo, el Salvador de los Hombres. A instancias de María Dolores, cada una optó por hacerlo a solas.

Al día siguiente del cumplimiento del pacto, se reunieron a intercambiar éxtasis. Desdichadamente, casi todas sólo se expresaban con gritos y sollozos, y las enfermeras y los médicos que las custodiaban no conseguían calmarlas. María Dolores, en cambio, serena, impávida, les mostró su pecho terso a las llorosas y ensangrentadas fieles. “¿Ven? Por más que hice, por más que profundicé en el trazo de las letras, el

arcángel borró la señal de mi compromiso. Dios no quiere los cánticos de mi cuerpo herido. Prefiere mis plegarias”.

Y las ensangrentadas, todavía arrastrando su pena física, se avergonzaron en lo íntimo de no obtener tamaño reconocimiento.

*Su amiga de la infancia*

¡Alabanza a su memoria! Ya desde niña nadie consiguió regañarla o llamarle la atención. Era inútil. Ella sólo atendía la música de las esferas cuyo sonido arrobador, inaudible para el oído impuro, nos refería. Música de rabeles, panderos, triángulos, dulzainas, cítaras, tambores, tímpanos, címbalos, pífanos, violas, tamborinos, salterios, virginales, clavecines, chirimías. Instrumentos de un sonido sólo a ella reservado, que amenizaban y endulzaban sus alejamientos de este mundo. María Dolores ya habitaba el Paraíso cuando los demás atravesábamos el valle de sombras de muerte. A ninguna otra se le dio permiso de ausentarse de novenas y trisagios y sermones y agonías y rosarios y rogativas y maitines. A ella sí, porque fue siempre una elegida. “Si faltó a misa no es por desobligada, sino para mejor hablarle directamente a...” Y nuestra admiración terminaba la frase.

*Su médico*

Todavía ignoro cómo se fue a morir. Nunca se quejó de nada, manifestaba una salud a toda prueba, y debía tenerla porque jamás la oí lamentarse, y siempre comentó que si bien me agradecía los esfuerzos, Dios era su médico de cabecera y sólo le recomendaba plegarias y hierbas. Ésa fue su versión, maravillosa, aunque según rumores malévolos, cada semana se iba a otros pueblos y, con nombre falso, consultaba a numerosos médicos y

curanderos. La malicia abundaba: María Dolores, decían, era hipocondriaca, no confiaba en nadie, y vivía inmersa en calmantes y medicamentos. Y de acuerdo con ese chismorreó, su muerte se debió a una confusión de tabletas. Pero yo no le hago caso a los perversos, y la recuerdo grácil, relatándome cómo las defensas de su organismo se vigorizaban cada mañana viendo a los cielos cantar la gloria de Dios.

*Su sirvienta*

Era un rayo de luz. Como corresponde, su sombra era azul y benéfica, y yo me acogía a ella para curarme de dolores y malos recuerdos, porque si algo la señalaba era nada más pensar en maneras de acrisolar el alma, como decía. Por eso se le ocurrieron los Baños del Espíritu, agua caliente y especias aromáticas que, según nos decía, con el mero roce del cuerpo santificado se transformaban en agua helada y martirizadora, la propia del autocastigo de los justos. Y al contarlo, sonreía desde su humildad. Yo, pecadora como soy, tocaba el agua y la sentía caliente y agradable. Y al decírselo, me argüía: “¿Ves cómo tu naturaleza traicionera te impide comprobar el suplicio de la afrenta física?”. Para ayudarse en sus dádivas, patentó mi señora los Baños de Pureza, de enorme demanda entre los poderosos. Pagaban sin chistar las cantidades que se les pedían (dinero que de seguro fue a los humildes), y, con aflicción alborozada, juraban sufrir el mayor y el más reconfortante de los rigores, y casi levitaban relatando sus padecimientos místicos. Y los resultados fueron tales que todavía hoy, a diez años de la extinción física de mi señora, florece la cadena de establecimientos dedicada a los Baños de Pureza María Dolores, merecido tributo a su desprendimiento.



Francisco Toledo en: Monsiváis, Carlos, *Nuevo Catecismo para indios remisos*, México, Ediciones Era, 1999

## Qué le queda a un pobre sino ser profano

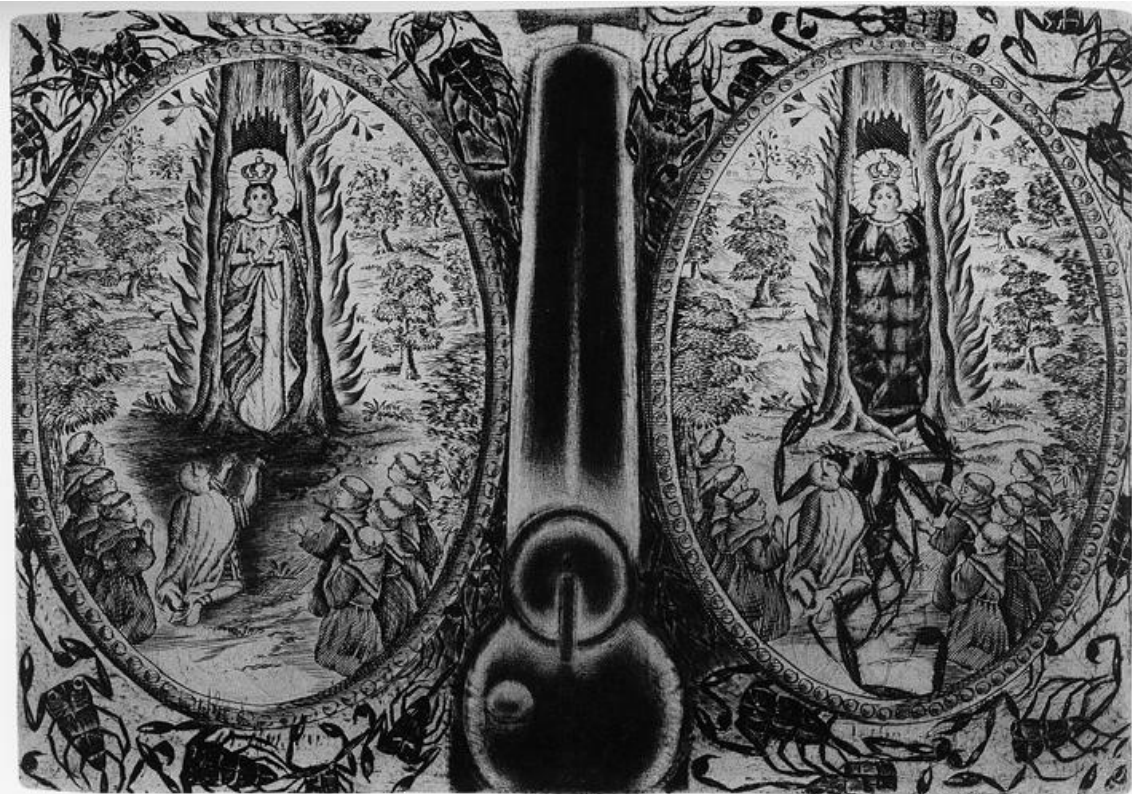
“Era nuestra herencia una red de agujeros...” ¡Qué frase tan sabia! Quien la escribió era un experto. Si lo sabré yo, un indio, que mira cancelados los caminos del ascenso en estas tierras que fueron de sus antepasados. Todo se les da a los españoles o, en el orden de las compensaciones menores, a los criollos. Pero yo, hijo de este lugar por generaciones, no puedo ser virrey, ni oidor, ni obispo, ni capellán del ejército, ni confesor, ni nada. No me corresponderán jamás empleos y prebendas.

Sólo me queda un camino, y póstumo: el de la santidad. Y aun esto me es vedado. Ellos, los dadores de canongías y elevaciones, tienen a orgullo ignorar a fondo la índole de nuestra devoción porque nunca nos ven de cerca. Para

ellos un indio es un idólatra que venera falsamente la cruz, o en todo caso alguien que no acumula méritos, no comprende los misterios de la Santa Religión, y ni siquiera sabe bien a bien de apostasías. No. Un indio es la sombra que la mirada no fija, el esclavo sin rostro, la esclava nada más poblada de orificios. Un indio es un *indio*, la piedra que no sube, ni recibe consideraciones.

Ya se lo he dicho a mis compañeros de reverencias ante el altar: a ellos les da igual si invertimos la vida en letanías, si memorizamos los rezos en ese latín que nunca entenderemos, si distinguimos el uso detallado de los símbolos. En el fondo nos siguen calificando de eternos bailadores ante Tonantzin. Allí están los padecimientos estudiados por mí con tanto ahínco: los del venerable Juan Emiliano, que dilapidó su existencia atendiendo desahuciados y consolando a leprosos y víctimas de la peste. Hoy, Juan Emiliano, que deseó compartir las alturas con el Señor, agoniza, roído por el hambre y la enfermedad, en una cueva sellada. De su noble vida y de su renunciamiento queda una idea vaga y peligrosa: el indio contaminado. Lo encerraron para que no se disperse el mal y es todo lo que de él les importa.

Ahora estoy seguro: Juan Emiliano anduvo por el camino equivocado. Fue sincero y no pensó ni en el riesgo ni en el método. No analizó la estrategia de la santidad, y prefirió el ascetismo y el exponer su carne al dolor ajeno. Yo no he cometido tamaño error. Aprovechando el carácter invisible de mi raza —nos ven sin vernos, nos oyen sin atendernos— soy un especialista en genealogía y orografía de la santidad, he memorizado los hechos probables e improbables de la virtud extrema, y tengo trazada mi Geografía de la Gratitude, los sitios de las apariciones y



Francisco Toledo en: Monsiváis, Carlos, *Nuevo Catecismo para indios remisos*, México, Ediciones Era, 1996

las regiones beneficiadas. Y ahora pinto al por mayor imágenes que me compran las señoras extranjeras de visita en estos lares, y embotello el agua de los manantiales garantizando sus funciones recuperadoras, y he contratado bordadoras para las peregrinaciones de los gremios. No seré un santo, pero mis empresas divulgan el acontecer de los privilegiados por el trato íntimo con Dios, y hoy por hoy mi fortuna personal en algo me compensa del hecho terrible tan propio de los de mi raza: nunca conoceré el cielo de primera mano, nunca —por cuestión de epidermis— se me verá sentado a la Diestra de Aquel que, en esta época, nos ama a todos sin exclusión, pero jerarquiza su afecto.

*El Chivo Expiatorio hubiera querido ser cualquier otra cosa*

¿Por qué yo?, preguntó con angustia el Chivo Expiatorio. ¿Quién me eligió entre todos los seres vivos y me rodeó de multitudes que suspiran con alivio y

gozo al ver junto a mi cuerpo un arma que refule? ¡Oh siete dolores! ¿Por qué ese cerco de matarifes sonrientes y salmos penitenciales? ¡Oh cuchillos graves! ¿No es monstruoso imponerle a una especie la continua remisión de las demás? No lo acepto y no me reconfortan las similitudes con el más prestigioso de los ejemplos humanos. En una religión civilizada no existiría tal reducción al absurdo o por lo menos se sortearía el pago de los errores y crímenes y se evitaría el monopolio de la culpa. ¡Oh almas traidoras! ¡Oh juicios fatales!

No hubo respuesta. El sacrificable por antonomasia prosiguió su defensa:

— ¿Esta suerte es producto de mi ignorancia? Si así lo fue, ya no es cierto. He ido a seis universidades, hice nueve doctorados, domino las artes y las ciencias, es ilimitada mi sed de conocimientos. Mas cuando me pienso redimido por la sabiduría, se me

recuerda con violencia mi carácter de profesional de la reparación colectiva... ¿Le debo el infortunio a mi debilidad física? Sé que no. He ascendido gimnasios y montañas, y soy un dechado de vigor. Pero a la hora de invocar cosechas o alejar plagas, se me rodea de lo que aborrezco: lavado de manos, santificaciones, aprestamiento de los tabernáculos, oficios de reconciliación, concupiscencia homicida sobre mi cuello... Para qué sigo. He implorado, he denunciado sin tregua, he ido de la fuga a la huelga de hambre. En vano todo. Al apagarse mi contienda, se me reinstala sobre el ara, se me achaca vicio tras vicio y hay gran irritación si no me ajusto notoriamente al modelo de las depravaciones que reclaman castigo... ¿Por qué yo? Desde el punto de vista teológico, no tienen derecho. La ciencia de las relaciones exactas con Dios ha avanzado mucho y ha prescindido de la representación significativa. Y si quieren una negociación masiva de los pecados, adquieran un símbolo desechable y déjenme en paz. El desaliento interrumpió el alegato.

Esta vez la Víctima Insustituible se equivocaba. Por motivos que iban del arrepentimiento histórico al miedo ante el desprestigio moral, la opinión pública se apropió conmovida de sus razones. "Hemos destinado a una especie al infierno del sacrificio interminable y, psicológicamente, nos hemos condenado con eso. No es tolerable ni moderno que a uno solo se le abrume con todos los delitos. Ya no son admisibles los ritos oprobiosos y aviesos contra una minoría".

El antiguo objeto de las propiciaciones conoció la libertad y no se acongojó en los días ceremoniales. Acaecieron

inundaciones y temblores y él domeñó su impulso de esconderse. No le molestaron epidemias, bombardeos, atentados, accidentes. El sol no lo fatigó de día ni la luna de noche.

A su alrededor la vida se fue complicando. Al no haber ya un responsable instantáneo, menudearon tragedias y desastres. Ahora semana a semana se definía por la fuerza de las armas quién sería victimario y quién víctima. Desgastadas, en ruinas, las partes contendientes llegaron a un acuerdo. Hicieron a un lado la risible formulita: "Todos somos culpables" y, arguyendo que lo moderno y justo era respetar las tradiciones y la identidad de cada especie, devolvieron al Chivo Expiatorio a su oficio inmemorial, no por descargar en alguien el pago de todas las faltas, sino porque, viéndolo bien, cada quien sirve para una sola cosa en la vida.

Carlos Monsiváis (Ciudad de México, 4 de mayo de 1938 - 19 de junio de 2010) fue quizá uno de los más prolíficos escritores mexicanos de los últimos tiempos. También uno de los más importantes en los ámbitos de la prosa, el ensayo crítico y la opinión pública en México y en Hispanoamérica. Algunas de sus obras son: *Días de guardar*, *Amor perdido*, *Cultura urbana y creación intelectual*, *El caso mexicano*, *De qué se ríe el licenciado (una crónica de los 40)*, *El poder de la imagen y la imagen del poder*, *Entrada libre*. *Crónicas de la sociedad que se organiza*, *Escenas de pudor y liviandad*, *El teatro de los Insurgentes: 1953-1993*, *Rostros del cine mexicano*, *Los rituales del caos*, *Cultura popular mexicana*, *Aire de familia*. Colección de Carlos Monsiváis, *Del rancho al Internet*, *Protestantismo, diversidad y tolerancia*, *Las alusiones perdidas*, *Antología personal*, *Apocalipstick*, *Historia mínima de la cultura mexicana en el siglo XX*, *Democracia, primera llamada*. *El movimiento estudiantil de 1968 y Que se abra esa puerta*. *Crónicas y ensayos sobre la diversidad sexual*. Los textos aquí publicados, así como las magníficas ilustraciones de Francisco Toledo, son extractados del *Nuevo Catecismo para indios remisos* (México, Ediciones Era, 1996).